

Señor.» (Euseb., *Hist. Eccl.*) Y el recuerdo de su santa esposa, que habia confesado á Jesucristo con tanto valor y con tanta alegría, contribuyó mucho al prodigio de fortaleza y alegría con que el santo apóstol sufrió su horrible martirio por la misma causa; y éste fué un venturoso preludio de la parte que la mujer cristiana habia de tener muy pronto en la gloria de la confesion de los mártires en Roma.

San Pedro habia sido tambien ayudado; en su apostolado en Oriente, por Santa Petronila, su hija espiritual; San Andres por Maximila; San Mateo por Ifigenia, hija del Rey; San Felipe por sus dos hijas, que habia tenido antes de ser llamado á seguir al Señor. Todas estas mujeres fueron vírgenes, que, por consejo de los mismos apóstoles, se habian consagrado á Dios por el voto de virginidad. (A Lap., in *Epist. S. Paul.*)

§ III.—La mision de San Pablo á Filipos, comenzada en las mujeres y promovida por ellas.—Lidia dando su casa al apóstol para establecer en ella la Iglesia.—Priscila haciendo lo mismo en Corinto.—Afecto de esta santa mujer á San Pablo y á la religion cristiana.—Santa Febe, encargada por el mismo apóstol de llevar su famosa *Carta á los romanos*, y trabajando con él, lo mismo que las mujeres Ebodia y Syntichen, en la obra del Evangelio.

Pero ninguno de los apóstoles fué ayudado por las mujeres en sus expediciones y en sus trabajos apostólicos, tanto como el gran apóstol de los gentiles.

Al comenzar San Pablo su apostolado á los gentiles en la ciudad de Filipos, en la Macedonia, se dirigió primero á las mujeres, y su primera conquista á la fe cristiana la hizo en la persona de una mujer. En aquella ciudad habia cierto número de aquellos á quienes los judíos llamaban *prosélitos*, es decir, gentiles, que, sin ser judíos, creian sólo en el verdadero Dios de los judíos, y lo adoraban y lo honraban en toda la rectitud de su alma. Entre estos prosélitos de Filipos, las mujeres parece que eran las más numerosas y las más fervorosas; porque habiendo llegado San Pablo y sus cuatro compañeros, Lúcas, Tito, Sila y Timoteo, en el dia del sábado, encontraron una multitud de mujeres reunidas en un sitio

fuera de la ciudad, cerca del lugar destinado á la oracion, esperando la hora de los ejercicios ordinarios de la religion. Junto á estas mujeres se sentaron los enviados de Dios, y principiaron á hablarles de Jesucristo (1).

Mientras que sus compañeros evangelizaban á las otras mujeres, San Pablo se dirigió á la que parecia ser la principal de ellas. Ésta era la llamada Lidia, mujer distinguida y rica de la ciudad de Tiatira, que hacia en Filipos un gran comercio de púrpura. Dios le abrió los ojos del entendimiento y del corazon, de tal manera, que habiendo escuchado á San Pablo con la mayor atencion, se convirtió al momento á su predicacion con la mayor docilidad. Un instante despues, bautizada por mano del apóstol, era ya cristiana, y con ella lo eran tambien todas las personas de su casa (2). Ved aquí, pues, cumplido de la manera más generosa el deber de la sumision á la Iglesia, que parece haber encargado Dios á la mujer cristiana; porque ella puso á disposicion del apóstol y de sus compañeros toda su casa y todas sus riquezas. Ella quiso á toda costa que fuesen á habitar en su casa; y nada es más afectuoso que el acento de humildad, de respeto y de caridad con que insiste rogándoles que le concedan esta gracia. « Si os fiais, les decia, en las obligaciones que le he contraido para con el Señor, si me creeis fiel á Jesucristo, os suplico que vengais á mi casa, y la destineis para lugar de vuestra mansion. » Esto era, como se ve, una dulce violencia de la fe y de la piedad para con los ministros del Señor; y ellos no pudieron darle lo que les pedia (3).

Apénas se establecieron ellos en esta venturosa casa, cuando se convirtió en una iglesia. En ella era donde los enviados de Jesucristo convertian á Él á todos aquellos que, atraidos por su gracia, se les presentaban para ser instruidos; en ella fué donde convirtieron un gran número de almas, y donde los nuevos cristianos se

(1) « Die autem sabbathorum, egressi sumus foras portam, juxta flumen, ubi videbatur oratio esse; et sedentes loquebamur mulieribus, quæ conveniant. » (*Act.*, xvi.)

(2) « Et quædam mulier, nomine Lydia, purpuraria civitatis Thyatitenorum, colens Deum, audivit; cujus Dominus aperuit cor intendere iis quæ dicebantur à Paulo. Cum autem baptizata esset et domus ejus..... » (*Ibid.*)

(3) « Deprecata est dicens: Si judicatis me fidelem Domino esse, introite in domum meam et manete. Et coegit nos. » (*Ibid.*)

reunian para oír la palabra de la salvacion y alimentarse con el pan de la vida; allí fué donde, al salir de su prision, y ántes de ausentarse de Filipos, se reunieron para recibir á todos los fieles, para consolarlos, para afirmarlos en la fe y animarlos á sufrirlo todo por Jesucristo (1); allí fué, en fin, donde se formó aquella cristiandad de Filipos, tan santa y tan floreciente, á la que diez años despues San Pablo, preso en Roma, escribió su admirable carta, tan llena de reconocimiento, de estimacion y de afecto (2). Por consiguiente, una mujer fué quien suministró á San Pablo en Grecia (como le habia sucedido á San Pedro en Roma) los tesoros, el lugar y los medios materiales de formar la primera iglesia; y esta primera iglesia de los gentiles, que comenzó en la persona de una mujer, debió en gran parte sus progresos y su esplendor al celo, á la generosidad, á la fortaleza y al efecto de esta misma mujer.

Al llegar á Corinto el gran apóstol, fué recibido tambien por una mujer llamada Priscila. Ésta era una mujer judía, que desterrada de Roma, en compañía de Aquila, su esposo, por el edicto del emperador Claudio contra los judíos, se habia retirado á Corinto (3), y que no contenta con haber recibido á San Pablo en su casa, le proporcionó los medios necesarios para ejercer su glorioso apostolado en aquella ciudad, y fundar en ella una numerosa y magnífica iglesia. No es necesario decir que San Pablo pagó abundantemente la generosa hospitalidad de esta mujer, haciéndola cristiana, lo mismo que á su esposo, y aun la primera, la más ferviente y la más santa de los cristianos de Corinto. No es necesario decir tampoco que la casa de Priscila y de Aquila se convirtió en una iglesia, donde se reunian los nuevos convertidos para participar de los sacramentos. Estos santos esposos se habian unido á San Pablo de tal manera, que cuando salió de Corinto para Efeso quisieron seguirle para ayudarle con sus bienes y su influencia en el ejercicio de su ministerio, y velar en defensa de sus preciosos dias; y no

(1) « Exeuntes de carcere, intraverunt ad Lydiam; et visis fratribus, consolati sunt eos; et profecti sunt. » (Act., XVI.)

(2) Véase el capítulo primero de la Epístola de San Pablo á los filipenses.

(3) « Inveniens quædam judæum nomine Aquilam, qui nuper venerat ab Italia, et Priscilam, uxorem ejus, accessit ad eos. » (Act., XVII.)

pudiendo el apóstol resistir á sus instancias, se vió obligado á embarcarse con ellos (1).

En la sedicion que Demetrio excitó contra San Pablo en Efeso, fué tambien Priscila quien, de acuerdo con su esposo, salvó la vida del apóstol, exponiendo la suya; y esta misma mujer fué quien ocultó despues en su casa, en Roma, á donde habia vuelto, al mismo apóstol, con peligro de exponerse ella misma, con toda su familia, al odio de Neron: *Prisca et Aquila pro anima mea suas cervices subposuerunt.* (Rom., XVI.)

En los mismos *Hechos de los Apóstoles* se lee tambien: « Un judío llamado Apolo, alejandrino de origen, hombre elocuente y poderoso en el conocimiento de las Escrituras, vino á Efeso. Él habia sido instruido en el camino del Señor, pero muy imperfectamente, porque no conocia más que el bautismo de Juan. Sin embargo, como estaba lleno de fervor, enseñaba con ahinco lo poco que sabia respecto á Jesucristo. Él comenzó, pues, á obrar con confianza en la sinagoga de la ciudad. Pero habiéndole oído Priscila y Aquila, su esposo, y viendo cuán defectuosa era su instruccion, le llamaron y le explicaron más exactamente el camino del Señor: *Diligentius exposuerunt ei viam Domini.* Y queriendo él ir á la Acaya, los mismos hermanos (Priscila y Aquila), despues de haberle dado sus exhortaciones, escribieron á los discípulos (de aquella provincia) para que le recibiesen bien. Habiendo llegado Apolo á aquel país, hizo mucho bien á sus antiguos hermanos, los judíos que acababan de creer, convenciéndoles públicamente por las Escrituras de que Jesucristo era el Mesías. » (Act., XVIII.) Como se ve, Priscila, una mujer, es quien primero advierte la ignorancia de Apolo respecto á la religion cristiana, le llama y le instruye con un cuidado especial en los verdaderos caminos del Señor, le hace apto para todo el bien que habia de producir en Acaya, le alienta con sus exhortaciones y sus consejos, y le ayuda con sus recomendaciones. Ved aquí á Apolo, aquel grande y celoso discípulo y compañero de San Pablo, completamente instruido y hecho apto para el apostolado por una mujer.

Es verdad que en los pasajes tomados de los *Hechos de los Apóstoles*, que acabamos de citar, se habla siempre de Priscila y de Aquila

(1) « Navigavit in Syriam, et cum eo Priscilla et Aquila. » (Act., XVII.)

como interesados los dos en la suerte de San Pablo y de sus compañeros. Pero ocupado Aquila en la confeccion y en la venta de sus tiendas de campaña (1), dejaba á su mujer el cargo de cuidar á los hombres de Dios; porque las mujeres son más á propósito para esto que los hombres. Tambien era Priscila quien cuidaba de los intereses religiosos de la mision, porque el instinto y el sentimiento religioso es más fuerte, más inteligente y más exquisito en la mujer que en el hombre. De modo que cuasi todo el honor de los bienes que aquellos ministros del Señor encontraron en la casa de Aquila, pertenece á su admirable esposa.

Se sabe que no fué á un hombre, sino á una mujer, á Santa Febe, á quien San Pablo dió el encargo de llevar de Grecia á Roma su *Carta á los romanos*, aquel primer comentario del Evangelio, aquella obra maestra de exposicion del dogma cristiano. Hablando San Pablo de esta mujer á los fieles de Roma, al fin de la misma carta les dice: «Os recomiendo á Febe, que está en el ministerio de la Iglesia. Os ruego que la recibais bien en el Señor, como conviene que hagan los santos; asistidla en todos los negocios en que pueda necesitar de vosotros; ella es muy digna de que así lo hagais, porque ha asistido á muchos de los nuestros y á mí mismo: *Commendo vobis Phæbem, quæ est in ministerio Ecclesiæ, ut eam suscipiatis in Domino, digne sanctis, et assistatis ei in quocumque negotio vestri indigerit. Ipsa quoque abstulit multis et mihi ipsi.*» Pues bien, estar en el ministerio de la Iglesia es algo más que ejercer la caridad. Los negocios que Febe iba á tratar á Roma no eran temporales, sino espirituales. Es, pues, claro por este pasaje que esta mujer fué el sosten de la cristiandad, y aún del mismo San Pablo en Corinto; que le estaban encomendados los más graves negocios de la Iglesia, y que, en compañía del apóstol, ejercia una especie de apostolado en la Iglesia.

(1) San Pablo habitaba en la casa de estas santas personas, porque era del mismo oficio, que era el de hacer tiendas de campaña para uso de la milicia; los oficios eran honrosos entre los judíos. Los más sabios aconsejaban á sus discípulos que se dedicasen al trabajo de sus manos, para no estar á cargo de nadie, á ejemplo de los profetas. Ellos han conservado la memoria de los oficios que ejercian muchos rabinos de los más célebres. San Pablo, pues, trabajaba, y daba por regla (*Act.*, xx; II, *Thesal.*, II) que el que no trabajaba no debía tampoco comer. (Fleury, *Historia*, lib. I.)

Lo mismo debe decirse de Evodia y de Syntyche; porque San Pablo dice de ellas que trabajaron con él, con San Clemente y los otros hombres apostólicos, en la obra del Evangelio: *Quæ mecum laboraverunt in Evangelio, cum Clemente et cæteris adjutoribus meis.* (*Philip*, I.) Esto hizo creer á los intérpretes que estas dos grandes cristianas eran mujeres principales (*primariæ*) en la Iglesia de Filipos y que estaban al frente de la mision cristiana de esta ciudad. (*Apud. A. Lap., hic.*)

§ IV. — Santa Tecla, la protomártir y la primera jóven que se consagró al Señor con el voto de virginidad. — Sus altas cualidades. — Progresos que hizo en la escuela de San Pablo. — Cómo ayudó á este apóstol. — Su apostolado; su glorioso martirio. — Magnífico cuadro que San Ambrosio trazó de Santa Tecla expuesta á los leones. — Su muerte. — Apostolado de Santa Marta y de otras santas mujeres del tiempo de los apóstoles.

Pero la mujer que más ayudó á San Pablo en su apostolado en Oriente fué Santa Tecla, la protomártir de las mujeres, como San Estéban lo fué de los hombres, y la primera mujer cristiana, convertida del paganismo, que abrazó la vida celestial de la virginidad voluntaria, aconsejada por el Evangelio.

Habiéndola destinado Dios para desempeñar un papel tan importante y tan grandioso en la Iglesia naciente, se dignó reunir en ella todas las ventajas, todas las cualidades, todas las grandezas y todas las glorias; porque, descendiente de la más noble familia de la ciudad de Icon, en Licaonia, heredera de una gran fortuna y jóven de una rara belleza, era universalmente admirada, más bien que por sus ventajas del nacimiento y del cuerpo, por la elevacion de su espíritu, por la nobleza de su carácter y la bondad de su corazón. Habiéndose dedicado con ardor á los estudios de la literatura y de la filosofía, habia hecho en ellos admirables progresos. Pero habiendo asistido á la predicacion de San Pablo, esta predicacion la movió y la convirtió. Los progresos que hizo en poco tiempo en la ciencia divina del Cristianismo y de la salvacion fueron todavía más admirables que los que habia hecho en las ciencias humanas. San Pablo la habia instruido con un cuidado especial, y aprovechándose de las disposiciones de su bella alma, le reveló las gran-